

Cuad. 79

Colección Ariel

AÑO XI.

VOL. I.

Año 1916 -

SUMARIO

AMADO NERVO.....	Dios proteja a Francia ✓
JAMES DOUGLAS.....	La nación de las madres ✓
VÍCTOR MERCANTE.....	De una encuesta ✓
ENRIQUE JOSÉ VARONA.....	" " " ✓
LEOPOLDO LUGONES....	Cantares del mar y de la luz ✓
RÓMULO TOVAR.....	Un milagro de Jesús ✓
JULIO TORRI.....	En elogio del espíritu de contra- dicción ✓
ARTURO CAPDEVILA.....	Enseñanzas de amor ✓
JOSÉ A. TABOADELA.....	Un discurso sobre las humani- dades clásicas ✓
RAMÓN PÉREZ DE AYALA	Sobre la decadencia espiritual ✓
P. HENRIQUEZ UREÑA...	De la nueva interpretación del Quijote. ✓

REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO



Cuaderno 79

San José, Costa Rica, Junio 1.º de 1916

Imprenta Grafías

COLECCION ARIEL

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO EN CUADERNOS QUINCENALES POR

J. GARCIA MONGE

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

Condiciones:

La serie de 12 cuadernos (en Costa Rica): @ 3.00.

La serie de 12 cuadernos (en el Extranjero): \$ 2. 00 oro am.

Número suelto: @ 0.25

768 páginas,

dos libros de escogida, variada y reconfortante literatura

POR TRES COLONES

GACETILLA BIBLIOGRÁFICA

PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

MADRID. FERRAZ, 25.

INDEPENDENCIA AMERICANA

RECUERDOS DE FRANCISCO BURDETT O'CONNOR.

La BIBLIOTECA AYACUCHO ha enriquecido su colección con un nuevo libro, INDEPENDENCIA AMERICANA, trazado con mano robusta por el ilustre militar general F. BURDETT O'CONNOR, hijo de ROGERIO O'CONNOR, último vástago de aquella antiquísima casa real de IRLANDA, que tan eficazmente contribuyó a la gloria de su patria.

C # 4

Colección Ariel

¡Dios proteja a Francia!

PLEGARIA

(Escrita durante la gran Batalla de Verdún)

*Dios proteja a Francia la magnífica,
Dios proteja a Francia la iniciadora,
Dios proteja a Francia la que siempre ha
sabido darse al mundo en holocausto!*

*A Francia, la que riega con su sangre
preciosa los diáfanos lirios de los ideales
supremos, para que perfumen después nues-
tros espíritus;*

*A Francia, la que siembra el divino trigo
del ensueño, para que más tarde se nos dé a
todos vuelto eucaristía!*

*Combatan con ella las milicias invisibles;
Luchen por ella los antiguos dioses;
Palas baje a los campos sonoros de la ba-
talla titánica;*

*Los espectros de Aquiles, de Ajax, de
Eneas el piadoso, de sus cenizas resurjan,
Y embracen de nuevo el escudo de perenne
bronce, que retiemble en los aires atormen-
tados, con la cadencia grave, con la heroica*

y solemne cadencia de un hexámetro del Ciego melesigeno.

Que las almas nobles se unan en la misma oración porque ATENAS triunfe; ¡pues que ella es sagrada herencia nuestra!

Sean los anhelos unánimes como la invisible espada flamígera del ángel que custodiaba el paraíso, ¡pues que en esta vez el paraíso es de todos!

América joven, lejana y lozana América mía, en donde se forjan nuevas razas, vastagos floridos de la Estirpe que supo fatigar al renombre:

Yo bien sé que tus veinte Repúblicas, tumultuosas y audaces, a coro con ambos musicales océanos y unidas al vasto corazón de España:

(De la España inmortal que se renueva en la frondosidad de sus vástagos)

Claman en estos instantes quizá definitivos, mientras sobre la blancura de la nieve se derrama trágicamente una sangre nunca regateada a las Redenciones:

¡DIOS PROTEJA A FRANCIA!

AMADO NERVO

(América Latina. Londres)

La nación de las madres *

EN el dolor inconmensurable de la guerra hay una nación sin nombre, sin idioma, sin soberano, sin fronteras. Su territorio no está marcado en ningún mapa. Es una nación secreta cuyos miembros se hallan unidos por lazos invisibles. Esta nación habita en todos los países hoy atarazados por la guerra. Es la nación de las madres. Los sentimientos maternales son idénticos en todas las razas. Sólo aquellos que contemplan la nación de las madres contenida en los países beligerantes, y que escuchan el agónico latir de tanto corazón adolorido, pueden comprender en toda su intensidad la espantosa tragedia de la guerra. Millones de madres sufren en estos momentos la misma mortal congoja. No hay censo capaz de computar el precioso número de madres mortificadas sin cesar por una angustia inmensa. Pero si tratamos de imaginarnos la suma de dolor representada por el padecer incesante de diez millones de madres, podremos comprender la horrible magnitud de la calamidad que hoy azota a la raza humana.

(*) Tomado de *Hispania*, Londres.

¡Diez millones de madres llorando, como Raquel, por sus hijos ! ¡ Un océano de lágrimas! Y cada lágrima implica la misma amarga aflicción, ya sea derramada en Warsovia o en Munich, en Cracovia o en Colonia, en Brujas o en Amiens, en Arras o en Ely, en Londres o en Lovaina. El dolor de las madres es un dolor distinto de todos los demás dolores. Nada tiene que ver con las causas de la guerra, con las luchas de las razas, con el orgullo de los imperios. Es un sentimiento más viejo y duradero que cuantos motivos empujan a los hombres a la guerra. Los Estados nacen y mueren, los Imperios surgen, crecen y desaparecen; pero a través de todas las vicisitudes de los organismos políticos, la nación de las madres permanece intacta, indestructible. Y cuando se rompen todos los vínculos humanos que unen entre sí a las naciones, sólo el vínculo de las madres se mantiene firme. Entre las madres de los soldados que se matan en los campos de batalla existe el vínculo inquebrantable de un amor común.

Gracias debe dar el mundo de que este último vínculo se mantenga sólido, cuando todos los demás se hacen añicos en la tempestad guerrera. El primero en desaparecer es el vínculo de la fraternidad. Aunque con innata repugnancia, los hombres se acostumbran a odiar a otros a quienes nunca han visto. Verdad es que este odio es una pasión artificial, y no es, por lo tanto, cosa fácil el mantenerlo

vivo. Uno de los grandes misterios de la guerra es el hecho incontrovertible de que los soldados no odian al enemigo tan intensamente como los paisanos. La razón de ello es que no es posible matar a un hombre, sin que nos demos cuenta de que es un semejante nuestro. Aquel subalterno inglés que dió un puntapié a un soldado alemán cogido por sorpresa, en vez de matarlo a sangre fría, era algo más que un humorista y más que un buen *sportsman*; era un sér humano.

Con el vínculo de la fraternidad desaparecen todos los demás lazos humanos: el vínculo del arte, el de la ciencia, el de la religión, el de la sabiduría, el de la poesía, el de la música, el de las reformas sociales, el de la medicina. La hoguera de la guerra funde todos los vínculos. Y la pobre humanidad sólo dispone del vínculo maternal para salvarse del retroceso a la ferocidad de los tiempos primitivos. El dios de la guerra borra todos los vínculos menos éste. A través de la humareda de las ciudades en llamas, podemos vislumbrar la faz triste y bondadosa de la madre eterna que, con paciente, inagotable ternura, registra las trincheras de mil campos de batalla, en busca de la cara exangüe del sér querido, apoyando reverentemente su mano en las sepulturas de los muertos, desconocidos e innumerables, y difundiendo por todos los ámbitos del horrendo caos de destrucción y matanza el resplandor divino de su infinita compasión.

Los hombres no pueden siquiera sospechar las terribles torturas de las madres europeas. Les es imposible franquear la profunda sima que separa el corazón de un padre del corazón de una madre. El cariño paterno es distinto del amor materno en calidad y en grado. La pobreza del idioma nos obliga a usar la misma palabra para los dos amores, pero en realidad debería existir un vocablo especial para expresar la maravillosa pasión de la maternidad. El amor maternal es la forma más excelsa del amor humano. Es el menos egoísta de todos los amores. Es un amor a prueba de ingraticudes, de crueldades, y de todas las maldades que aniquilan los demás amores. Así cuando una nación pide a las madres que entreguen a sus hijos para enviarlos a la muerte, exige algo que vale más que la misma vida. Pocas serán las madres que no prefieran entregar sus propias vidas, en vez de las vidas de los hijos que han traído al mundo. El mayor sacrificio imaginable es el sacrificio de una madre que entrega a la patria la vida de su hijo.

El amor materno está por encima de todas las convenciones y de todos los distingos de clase, rango y casta. Ante el sacrificio, todas las madres son iguales. La más pobre de las madres da todo cuanto tiene cuando entrega su hijo al ejército; ni más ni menos da la señora más opulenta de la nación. La guerra une a todas las madres. Los sufrimientos y

la abnegación hacen de todas ellas una sola unidad. Las madres forman un gran bloque silencioso de sufrimientos voluntarios. Nuestro nuevo ejército debe mucho más de cuanto podemos imaginar al robusto heroísmo de las madres. ¿Cuántos de esos muchachos que vemos desfilar en largas columnas por las calles de Londres hubieran acudido al gran llamamiento de la patria si sus madres se hubieran opuesto a ello? Al "Venid" de la patria han contestado las madres con un unánime "Id." ¿Qué hijo es capaz de adivinar la terrible congoja oculta tras la sonrisa forzada, la voz temblorosa y el abrazo maternal de despedida?

Los muertos descansan en paz, pero para el dolor de sus madres no hay alivio. Otros pueden olvidar: una madre nunca olvida. Las madres arrastran su dolor hasta la tumba. Para la madre que ha perdido al hijo de sus entrañas, la vida es un perpetuo, lacerante recuerdo que su pena se complace en avivar, contemplando una guedeja de cabellos rubios, una colección de fotografías, una gorra de colegial, trajes, juguetes, y, en fin, todas las múltiples reliquias que una vida deja siempre detrás de sí. Y, sin embargo, las madres británicas no vacilan ni se quejan. Se despiden de sus hijos con la sonrisa en los labios, y con una resolución en el gesto que a veces llega a parecer indiferencia. Cuando lo previsto ocurre, alzan el rostro y miran frente a frente la

soledad de sus futuras vidas, sin el más leve asomo de pesar o de remordimiento. No hace muchos días que en la Lista de Honor aparecieron los nombres de dos hermanos: el uno soldado, el otro marinero. El soldado había sacrificado su vida a la patria en los campos de Francia; el marinero había muerto luchando en el Mar del Norte. ¿Acaso puede haber sacrificio comparable al de la madre de estos dos héroes?

Ante tanta abnegación, lo más que puede hacer un hombre es postrarse de hinojos, como prueba de humilde reverencia y profunda gratitud que no es posible expresar con las palabras. Sólo una causa pura y noble puede santificar tamaño sacrificio. Las madres no habrán sufrido en vano, si su dolor sirve para redimir a la humanidad. ¡Ojalá que sus angustias hagan brotar imperiosa la voluntad del mundo! La voluntad de hacer reinar sobre la tierra, perpétuamente, la paz universal.

JAMES DOUGLAS

De una encuesta

1. ¿Cuál debe ser la finalidad principal de la enseñanza primaria?
2. ¿Cuál su extensión?

Al Sr. Alejandro Inzaurraga:

Distinguido amigo:

Me complazco en responder a su encuesta con la opinión que tengo formada acerca de los dos puntos que ha tenido usted la deferencia de consultarme. Al expresarle mi convicción, estoy lejos de creer que pueda ser la de muchos. Vivimos una época en que todas las finalidades sufren profunda crisis y las ideas más arraigadas se sienten inseguras porque encuentran siempre un vendaval empeñado en abatirlas. El libre examen ha traído tal situación al pensamiento, que los hombres no pueden de común acuerdo dar una solución a cualquier problema simple del interés humano. Es una belleza de la libertad; pero la mano ejecutiva está paralizada, porque éste es el fin de todo órgano hecho para el mo-

vimiento cuando obedece a la incertidumbre, a la contradicción o a pensamientos encontrados.

¿Cuál debe ser la finalidad de la enseñanza primaria? y ¿cuál su extensión? Fijar el mayor número de conocimientos posibles indispensables a las actividades comunes de la vida; cultivar las aptitudes para adquirirlos y utilizarlos; robustecer el sentido común, que es formar un criterio para juzgar en cierto grado todos los fenómenos que influyen de una manera directa sobre la vida de uno mismo; preparar por un ejercicio sistematizado los hábitos que garanticen una salud perfecta y una conducta irreprochable.

Dentro de este concepto preparatorio y educativo cabe, por último, uno complementario: el de formar dos o más aptitudes profesionales de las centenares que el estado de civilización exige; no precisamente aptitudes de largas y densas disciplinas que requieren la escuela técnica con sus costosos montajes, sino aptitudes habilitadas en poco tiempo, con poco esfuerzo y poco gasto, que respondan a las actividades más comunes y locales. Preparar, en fin, al trabajador idóneo: carpintero, herrero, vidriero, horticultor, soldador, barbe-

ro, encuadernador, cajista, linotipista, etc. A los once o doce años los aprendizajes hechos, la constitución física y la vocación que se pronuncia, tienen al muchacho preparado para esta educación complementaria de un año, que lo capacita para una vida laboriosa y honesta. El ciclo obligatorio sería, pues, de cinco años: cuatro para la cultura general de su espíritu después de aprender escritura, lectura, aritmética y redacción, las cuatro fuentes de la defensa individual; uno para la enseñanza práctica, para hacerlo un miembro útil a sí mismo y a la sociedad en que vive. Es lo menos que debe suponerse en todo individuo de limitadas aspiraciones, sin riesgo de resultar un párasito o un peligro.

Entiendo que las nociones sobre Ciencias Naturales, Geografía e Historia son inomitables, no tanto por los conocimientos que de ellas el niño adquiera, sino por lo preciosas que son como instrumentos de cultivo y desarrollo de la observación, de la asociación, de la generalización, del razonamiento, del criterio, en fin, que necesitará luego para no ser, en su ignorancia, terco, sin orientación y sin iniciativa, la iniciativa, por cierto, de aquel que no ha de ser pesado o lento, ofre-

ciendo el aspecto del pobre animal que ha de ser guiado hasta para no equivocarse de andén. La cultura general no lleva a otro fin que al del gobierno de sí mismo, dentro de límites que fuera de tontos pedir a los demás auxilio. La preparación primaria (dice más que educación primaria) es un ciclo de todas estas modalidades, el ciclo de las cosas generales y comunes. No quiero extenderme en programas y horarios; pero una buena parte del tiempo debe la escuela destinarlo a la educación de los sentidos, los instrumentos por los cuales descubrimos y por los cuales conocemos; fueron y son, por otra parte, las formidables defensas de nuestra integridad. Empezar estudios, clasificar nociones, dirigirnos a las cosas y a los fenómenos sin cierto grado de acuidad sensible, es alargar enormemente el tiempo de los aprendizajes, desde que saber es no confundir, vale decir, es diferenciar, fijar la noción diferencial. El ojo mal educado no percibe más de ocho o nueve grados de saturación; el bien educado percibe centenares. Por último, la extensión primaria exige una cultura del sentimiento movido por su aspecto más sensible: el estético. Sin duda, todas las enseñanzas tienen por eje el

interés, y el interés no se concibe sin la belleza como fuerza. Pero tomar a la belleza misma por motivo, es despreocuparse de fines que la relegarán a un orden secundario. El niño es tan sensible a lo bello como los hombres que escribieron los primeros himnos a la Naturaleza. Dirigir la atención hacia los encantos de las cosas y fenómenos y encantar el espíritu con ellas, es abrir en el alma las fuentes más puras del amor y de la felicidad, y por tanto, desde que lo bueno y lo bello constituyen una indesligable simbiosis, es para la conducta una llave moderadora de sus impulsiones y violencias. He aquí expresado, en pocas palabras, mi pensamiento acerca de la enseñanza primaria, relativamente corta, al aire libre cuanto sea posible, conversando con la naturaleza, a menudo, en grupos de quince a veinte alumnos bajo la dirección de un maestro joven, inteligente, cariñoso y sobre todo de ingenio.

Saluda a usted con las consideraciones de su particular aprecio,

VICTOR MERCANTE

Diciembre 22 de 1915

Sr. *Alejandro Inzaurraga*

Director de la REVISTA DE EDUCACION.

La Plata. (República Argentina)

Muy señor mío:

A las preguntas que usted se sirve dirigirme, procuraré contestar con claridad, ya que no me sea posible hacerlo de un modo preciso, dado su grande alcance.

¿Cuál debe ser el fin de la enseñanza primaria?

La educación debe colocar al niño en condiciones de realizar plenamente la vida; la enseñanza debe disciplinar su inteligencia, de modo que ésta sea poderoso auxiliar para esa difícil tarea.

¿Cuál su extensión?

Aquí está el nudo del problema. La educación es cosa individual, la enseñanza debe tener un carácter más general, sin perder ese punto de vista. No se trata de formar muñecos de cuerda, sino hombres; no se debe procurar tener moldes inflexibles dispuestos para toda inteligencia, sino suscitar, aguijar las diversas aptitudes. Hay ciertas disciplinas indispensables porque constituyen instrumentos insubstituíbles para el pleno desarrollo

humano, como la lectura, la escritura, las nociones fundamentales de las matemáticas; hay otras muy útiles, pero que dependen más de las condiciones en que se ha de desarrollar la existencia de cada niño.

Como usted verá, tomo el término enseñanza en el sentido peculiar de instrucción.

Soy su más atento S. S.,

ENRIQUE JOSE VARONA

Habana, 4 de Noviembre de 1915.

(Revista de Educación. La Plata Rep. Argentina)

Cantares del mar y de la luz

ALBA

*Languido nudo de tul
En la bruma se desata.
Apunta un claror de plata
Y el mundo se pone azul.*

*Parece que la hermosura
En su prístina evidencia,
No es más que una transparencia
De aire, rocío y frescura.*

*Hasta que el rayo oriental
Dilata un temblor de oro,
Como un guijarro sonoro
En un árbol de cristal.*

LA CALANDRIA

*Escala, escala, escala,
Alegra, alegre, alegre
La inmensidad aun negra
Que ya trasluce en su ala.*

*Altísima se absorbe
Cantando cielo adentro,
Y aquel canto es el centro
Palpitante del orbe.*

*Canta, y de su alegría
Nace el azul divino,
Y en el cristal del trino
Se va aclarando el día.*

*El cielo, sobre el mar,
Es un jardín ligero,
Donde inclina el lucero
Su botón de azahar.*

*Y en idilio pueril,
Tras un vago arrebol,
Se encumbra el canto al sol,
Sutil, sutil, sutil....*

LA MAÑANA

*Es la brisa tibia y leda
Un aroma que desmaya.
Tendido al sol en la playa
Peina el mar canas de seda.*

*Rodando su azul gigante
Que de nubes se enmaraña,*

*El cielo es una montaña
De mármol y de diamante.*

*En la arena, apenas rota,
Escribe asidua la espuma,
Y le dan papel y pluma
Las alas de la gaviota.*

EL SOL

I

*En cada ola que va a dar
Larga y turgente a la arena,
El sol trasluce una vena
De la sangre azul del mar.*

*Con el rayo que colora
Su elemento diamantino,
Circula, en raudal divino,
La ambrosía de la aurora.*

*Y el silencio matinal,
Bajo el azul juvenil,
Vacila en una sutil
Fragilidad de cristal.*

II

*De las aguas luminosas
Del mar que apenas se crispa,*

*Escápanse en cada chispa
Inflamadas mariposas.*

*Sobre aquel brillante rastro,
Nubes de airoso remonte,
Alzan en el horizonte
Una ciudad de alabastro.*

*Una llama es el ambiente,
Y en aquel calor de oro,
El sol parece sonoro
Y el mar calta inmensamente.*

III

*Sin un rizo ni un chapuz,
Sobre el claro mar de estio
Brotan un trémulo plantío
De nenúfares de luz.*

*No hay un ave ni una vela,
No hay un soplo ni una nube,
Parece que al cielo sube
Toda aquella agua que riela.*

*Así, al resplandor solar
Que exalta aquel hondo anhelo,
El mar palpita en el cielo
Y el cielo flota en el mar.*

*La calma azul se levanta
Cual mística flor de loto.*

*Y en el silencio remoto,
Cielo y mar son luz que canta.*

CREPÚSCULO

*Desde el abismo distante,
La noche con todo vuelo,
Invade el pálido cielo
Como una águila gigante.*

*Venus, como nunca bella,
Rompe el vespertino tul,
Y agrava un sombrío azul
Las pestañas de la estrella.*

NOCTURNO

*Sobre el quieto mar azul
Que el plenilunio dilata,
Se deshoja el cielo en plata,
Como un lánguido abedul.*

*La infinita calma encierra
Una tristeza remota.
Un pálido ensueño flota
Sobre la paz de la tierra.*

*Ven a escuchar, amor mio,
El silencio melodioso
Que profundiza el reposo
Palpitado de rocío.*

*Lenta, lenta, pasa la hora,
Adormeciendo callada
Tu cabeza reclinada
Sobre el pecho que te adora.*

*Y la dulce soledad
Suspende nuestro destino,
En un éxtasis divino
De luna y de eternidad.*

LEOPOLDO LUGONES.

Enero de 1916.

(La Nota. Buenos Aires)

Un milagro de Jesús

Esto sucedió en una aldea de las que estaban dulcemente asentadas en las orillas del lago y que durante varias primaveras vivieron del claror deleitable que surgía de las encantadoras parábolas de Jesús, como las doncellas melancólicas que exaltan sus horas límpidas con el aroma de un recuerdo amado.

La historia es esta. ¿Quién me la ha dicho? Yo no lo sé. Acaso ha venido a mí como una de esas armoniosas emociones que nos invaden el ánimo de una cierta gratitud y que nosotros no sabemos de donde vienen, no sabemos de donde viene ese canto que llega hasta nosotros con silencioso paso.

Era la hija de un hombre rico, y había muerto y nadie sabía de qué dolencia había muerto. El padre habría dado todas sus inmensas riquezas, su oro, sus heredades, sus ganados, sus esclavos por comprar la vida de su hija.

Pero la muerte no conoce el precio de las cosas humanas. Cuando ella pone la hoz en el pie de la espiga, ni las lágrimas de una madre ablan-

dan su corazón. Es un déspota que se complace en ejecutar su fallo.

Tendida sobre el lecho albo, la virgen parece dormir un bello sueño; es su blancura como la de los lirios del gran Rey, la serenidad de su semblante como la luz de la luna y viéndola inmóvil en el seno de la muerte se pensaba en el reposo de una columna de mármol, en las columnas de mármol del templo en la hora sagrada en que el silencio de éste se diría extasiado en el encanto de una oración.

Todos están desesperados al rededor del cadáver de la niña. Su padre, como Job, hace temblar los cielos con las imprecaciones de su enloquecida boca. La madre se rasga los vestidos y se arranca la carne con el filo de las uñas: flotan en la tempestad de la estancia, como una bandada de palomas que se alejan medrosas con vuelo suave, los sollozos de las vírgenes que festejaron la vida en compañía de la doncella muerta y fueron en las tardes primaverales, brillantes y floridas como los versos de los Salmos, cerca de los pozos sagrados para comunicarse en divino y discreto lenguaje sus blancas alegrías y sus rientes anhelos.

Fuera, el pueblo participaba en el duelo del hombre rico, porque él era a su vez, justo y bueno como los viejos padres bíblicos.

En un ángulo de la estancia, casi olvidada

una esclava adolescente y ciega oía sin comprender o comprendiendo demasiado. Solamente ella no lloraba, pero muda en su pena y serena en su meditación se diría como el símbolo de una noche profunda.

¿En qué pensaba la adolescente esclava? Como una vaga claridad en el espeso seno de la sombra, la ciega veía en aquel momento con unos ojos que no sabía si eran los propios, la figura delicada de aquel hombre a quien solamente conocía por sus consoladoras palabras y por los hechos bondadosos que de él vulgarizaba la voz entusiasta y ferviente del pueblo. El era el que resucitaba a los muertos, levantó de su lecho al paralítico de Capernaum y con su propia saliva había devuelto la luz a los ojos de un ciego como ella. Pero no eran estas cosas mejores que sus parábolas infantiles, que esos cantos venidos de su corazón como una amorosa fragancia celestial.

¡ Ah! Si al menos él estuviese cerca y lo quisiera, con sólo mirar a la doncella, ésta recobraría la vida.

Y cuántas veces ella misma se había hecho conducir a la sinagoga o al campo para aproximarse a El, para suplicarle que le devolviese el poder de contemplar su mundo o para limpiar sus ojos con un hilo tan sólo de su túnica de profeta. Pero con ella El parecía indiferente, oc-

mo si no mereciese ser el objeto de su piedad.

Sin embargo, ahora renunciaba a ver las cosas que estaban fuera de ella, renunciaba para siempre a ese atormentador anhelo con tal de que El resucitase a la doncella, y hacía esta silenciosa oración:

Señor: Antes te pedía que le diceses luz a mis ojos. Ahora ya no quiero esa luz, la deseo toda para que ella viva. Era, Señor, mi verdadera luz, me llevaba de la mano al jardín, siendo yo su esclava, velaba por mis peligros, satisfacía mis deseos y con armoniosas palabras me hacía ver mejor muchas cosas, que como deben verse con los propios ojos. Y no es por mí, sino por todos; porque no era orgullosa, sino antes bien pródiga en amor para con los tristes, los humildes, los enfermos. Con sus trajes ricos vestía a los desnudos, con el pan de los banquetes de su padre alimentaba a los hambrientos. Yéndose ella se oscurece mi alma. Que sea yo ciega para siempre, pero que ella viva para los que necesitan de la luz de su corazón.

Y como si despertase de un sueño, de pronto preguntó en palabras que rebalsaban consoladora ternura: ¿Quién ha entrado? Y como ninguno respondiese a su reclamo, aún preguntó con impaciencia: ¿Quién ha entrado? Algunas personas que le oyeron, dijéronla para tranquilizarla: ¡Nadie ha entrado!

Entonces ella dijo con un maravilloso acento: Alguien está aquí con nosotros y ha vertido como un vaso de perfume en el salón.

Y lo que dijo la esclava ciega era de tal modo extraordinario, que casi todos se volvieron hacia ella y se preguntaban si no estaría loca la joven.

Ninguna persona había entrado en la estancia. Los que veían las cosas externas estaban seguros de ello. Sin embargo sintieron miedo: callaron como si estuviesen en el templo. Fué un momento fugaz. Un aroma como de primavera pendía de los corazones y nadie sabía de donde podía venir aquella onda perfumada.

Entonces los ojos humanos vieron algo maravilloso: la doncella muerta, sin que nadie pronunciase una palabra de conjuro ni sobre ella pusiese bienhechora mano, se irguió sobre su lecho, sorprendida e inocente, y era tan fina y tan blanca como una claridad indecisa, como una amorosa palabra de los Cantares, como el juicio de un niño.

Con movimiento imperceptible volvióse hacia la puerta que daba al campo y sonrió como si alguien le hubiese puesto un beso en la frente.

Regresaba alegre y dichosa y agradecida del seno de la muerte.

¡Milagro! gritaron muchas voces de mujeres; algunos reían de contento y otros lloraban sin explicar su emoción.

Jesús venía del monte, de la intimidad de su padre, lleno de su virtud. Entraba en la aldea, llamado acaso por un corazón sediento de su palabra. Y cuando entraba en ella, pasó frente a la casa del hombre rico y oyendo que de allí salían desesperados gritos y llantos, se detuvo ante ella como entristecido, como extasiado, en aquella actitud en que tantas veces le sorprendieron sus discípulos, creyendo que el maestro conversaba con los antiguos profetas o se confundía su alma grande con el alma de las cosas. Luego, volviéndose hacia el más próximo a él, preguntó como sorprendido de sí mismo: ¿Quién está a mi lado? siento que sale virtud de mí. El discípulo le repuso: Maestro, ¿no ves? Nadie está cerca de nosotros. Tus discípulos son los únicos que te rodean.

Jesús se alejó hacia la aldea como la sombra borrosa de una melodía y cuando los que estaban fuera le vieron subir por el camino, alguien preguntó: ¿Quién es El, que parece un profeta?

Todos murmuraban conjeturando y nadie le conocía. Un niño que jugaba con la tierra, indiferente a la pena común, tornó también curioso hacia el grupo que se iba borrando en la perspectiva de la estrecha senda y advirtió con cierta arrogancia, como si todos fuesen esclavos de su palabra: Es el hombre que acaricia a los niños y hace milagros.

Y parecía la voz del niño como un canto que el silencio sereno de la noche pensativa y riemente pulsara en la lira brillante y lujosa del firmamento.

Del interior de la casa venía como un rumor, un rumor sonoro como el despertar de un bosque en cuyas entrañas se hubiese entrado furtivamente un rayo de sol.

ROMULO TOVAR

(Inédito)

En elogio del espíritu de contradicción

(FRAGMENTO DE UNA CONFERENCIA)

Para Pedro Henríquez Ureña.

CONFIESO que el espíritu de contradicción no me irrita al punto y medida que al común de los hombres.

El que una persona nos contradiga siempre, implica la existencia de una secreta aversión hacia nosotros, una de esas *simpatías imperfectas* que tan clara y sutilmente señaló el humorista Lamb.

Quien no experimente la tiranía de un insensato deseo de tener siempre razón, que reconozca conmigo los derechos y fueros de su contradictor sistemático. Los cuales estriban en la ventaja y superioridad que tiene lo que se edifica sobre lo puramente instintivo a lo que se pone sobre el fundamento de lo racional. Porque antes que *admitir* las argumentaciones ajenas debemos *admitir* nuestras propias afecciones, las secretas inclinaciones de nuestro ánimo, que están más cerca de nosotros que todo lo que construya la razón, porque ellas son nuestra propia esencia. Creo, finalmente, que la antipatía instintiva que supone el espíritu de contradicción debe ser

tan respetable a nuestros ojos, como las mejores argumentaciones y los razonamientos de más subidos quilates, por lo menos.

El que a todo se opone es un hombre orgulloso que no quiere abajarse a reconocer que la verdad de los demás es también su verdad. Y todo acto de individualismo, por feroz que parezca o sea, nos debe ser acepto en los tiempos post-Nietzscheanos en que tenemos la ventura de vivir.

El menosprecio con que suele mirarse a los que contradicen siempre y al espíritu de contradicción mismo—como si éste pudiera existir en abstracto y no con consideración a determinadas personas—proviene de que se les mira desde el punto de vista de la sociabilidad, punto de vista mezquino y despreciable.

—Con una persona que opone siempre argumentaciones, que todo lo limita con *peros* y *sin embargos*, y que ninguna verdad, por palmaria que sea, admite, como no salga de sus propios labios, no se puede conversar largo rato.

En estos o parecidos términos oímos expresarse a menudo a nuestros amigos.

A decir verdad, si la sociabilidad descendiera del Olimpo donde moran las ideas puras, y viniera a pedirnos cuentas, en mayor apuro se vería el contradicho que el contradicente. El trato se vuelve difícil y escabroso no por culpa de este último—que lo quiere establecer sobre la más pura sinceridad—sino a causa

del primero, que quiere asentarlo sobre el movedizo terreno de la complacencia y de las concesiones mutuas y no sobre la base de verdad en que debe ponerse todo trato entre hombres.

Además, si no gustamos de ser contradichos y nuestro humor se enturbia con una oposición constante a lo que decimos, es porque estamos lejos de ser los perfectos espectadores de la vida que nos hemos complacido en imaginar. Una simple obstinación de los demás, la más leve terquedad, nos sacan de quicio y nuestra calma y la serenidad cuasi-goetheana que presumimos tener, desaparecen como por arte de encantamiento. A causa de nuestra vivacidad de humor se nos escapa de entre las manos la ocasión de gustar espectáculos interesantes. Nos aferramos en defender con todas nuestras fuerzas una proposición a cambio del trato de gentes que contradicen siempre, es decir, perdemos monedas de oro, por ganarlas de metales viles.

Me he propuesto hablaros hoy de las excelencias del contradicente sistemático y de las calidades de su amistad que la hacen apetecible más que otro bien alguno.

Ante todo, debo recordaros que la contradicción constante es hija de una antipatía del temperamento hacia determinado individuo. Ahora bien, el mundo, *nuestro* mundo, se compone de gentes que nos tienen una suave inclinación, por virtud de la cual siempre están

bien dispuestas para nosotros. Y esta tibia simpatía en que vivimos falsea el concepto que nos vamos formando de la vida a medida que la vamos viviendo. Existe una suerte de contrato social tácito en fuerza del cual nos toleramos, nos engañamos, nos fastidiamos mutuamente. Por desgracia, en nuestra época es más difícil inspirar una antipatía verdadera que ganar media docena de buenos amigos. ¿Cómo, pues, no hemos de regocijarnos cuando tropezamos en nuestro camino con un hombre horrado que contradice siempre? La paradoja—a cuyo ruido de cascabeles empiezan a acostumbrarse nuestros oídos—es la traza más segura de descubrir contradiscentes. Lanzáis, *vervigratia*, cualquiera de las paradojas más usadas (nada de lo que sucede tiene realmente importancia o sólo lo inútil es necesario en nuestro siglo) y veréis una legión de hombres indignados que os enseñan los dientes como canes rabiosos y os amenazan con los puños. Proseguid haciendo en el tono más natural e inocente del mundo el elogio de la doblez, del asesinato y aun de la virtud misma, y cuando sintáis que alguien os muerde las pantorrillas, volveos y alegraos: habéis logrado inspirar una aversión sincera.

Apartaos entonces con vuestro hombre, porque la gente en su amabilidad inofensiva podría disponerlo en favor vuestro. Después, platicad con él de lo que gustéis: contad de antemano con su oposición bien intencionada.

Desde entonces comenzaréis a pensar de nuevo todos vuestros problemas, a reconstruir vuestra verdad y a rectificaros vosotros mismos.

La excitación exterior a la duda cartesiana, a prescindir en cualquier momento de todo cuanto se sabe: tal es el espíritu de contradicción.

Para mal nuestro, es difícil sostener más de una hora el espíritu de contradicción en el interlocutor. Dos personas, aun en punto de intereses pecuniarios, acaban tarde o temprano por ponerse de acuerdo. Nuestro planeta fué hecho para hombres que asienten, que conceden, que toleran. Los que contradicen no son de este mundo.

Y cuando las gentes están de acuerdo absolutamente en todas las cuestiones discutibles y opinables, con el resto del mundo civilizado o por civilizar, emplean sus esfuerzos en poner de acuerdo a Moisés con Hammurabi, a los modernos con los griegos, a Netzahualcóyotl con Horacio. Este devaneo de querer concordarlo todo a través del tiempo y del espacio ha arruinado a la moderna crítica literaria, en cuyo reino todo es influencia.

JULIO TORRI

(Nosotros. Méjico)

Enseñanzas de amor

(A la manera oriental)

I. Mi páramo se ha vuelto jardín. Yo, todo entero, me he vuelto jardín. Donde hasta ayer sólo había tostada arena, hay ahora hojas, flores, céspedes y agua de surtidor. Ya no me importa ¡oh muerte! que tú revueles un día sobre mi heredad y arrojes sobre mis bienes tu sombra de murciélago. No por eso dejaré de ser, todo entero, un jardín.

II. — ¡Qué hermosa tarde hace!

— También en mi vida, después de mucho tiempo de no haber sol, yo dije: ¡Qué hermosa tarde hace!

— Qué hermosa tarde hace, y cómo brilla el sol impalpable sobre las losas mojadas, en los zócalos y en los muros!...

— También en mi vida, yo dije: ¡Al fin brilla el sol en la hierba mojada, en las sendas con rocío!....

¡En la hierba mojada! ¡En las sendas con rocío! Y fué como si recién comenzara el camino...

III. Hoy están hermosas las doncellitas. Las he visto pasar por el huerto, seguir por

la calle de los álamos y bajar hacia los sauces del río. ¡Cómo están de hermosas las doncellitas, con sus mejillas fragantes como las rosas, con sus labios que huelen a clavel!...

Hoy están hermosas las doncellitas. Pero, entre todas, la mejor es la mía, que me mira y me sonríe desde el coro alegre de sus amigas. ¿No es verdad, sol matinal, que la mejor es la mía?

La mía se parece a las rosas de la mañana y a los nardos de la tarde.

IV. He pensado alguna vez que cuando sea mía, la coronaré de nardos, de jazmines y de rosas. He pensado que si ahora mismo ninguna de las doncellas la aventaja, mañana parecerá una reina de leyenda, cuando yo la corone de nardos, de jazmines y de rosas.

He sabido que una vez sus amigas le hicieron una corona de flores y le ciñeron las sienes.

¿Por qué, digo ahora, por qué no me envió ella un mensajero que me dijese: Anda y corre a su casa, porque sus amigas la coronaron de rosas?...

¡Oh! yo me enojaría con ella, a causa de su olvido, por noches y días largos, si no fuera que así me privaría de la vida misma!

V. Sí, yo mismo te lo afirmo, ahorrándote razones: el amor es un tremendo enemigo. Pérfido, aleve y todavía más. Busca las más

sutiles artes para herirnos en mitad del corazón. Sobre pérfido, es traidor.

Pero también te digo que se afianza su tiranía en tu deseo en seguir siendo su esclavo. Si mañana el amor se va de tu lado, en vez de alegrarte, saldrás a tu balcón y le dirás suspirando: Hasta mañana, hermano. Vete, pues ya te vas, pero a lo menos, ve y vuelve...

VI. Porque con razón dije, cuando era sabio: Busca el amor, que lo hallarás si buscas bien. Busca la sabiduría y la hallarás si atinas a buscarla bien. Mas nunca procures al mismo tiempo el amor y la sabiduría, porque no hay hasta ahora noticia de que alguna vez se les haya visto juntos.

VII. Muchos, viéndome pasar sonriente, se han preguntado:

—¿Cómo se entiende la alegría de éste? ¿Cómo se entiende la sonrisa que le aletea en los labios? ¿Tiene éste algún tesoro?

—No, no, nada de eso.

—¿Por qué entonces pasa risueño como un joven príncipe? ¿No le apedreamos día a día su jardín y su huerto? ¿No le hemos lastimado ayer y anteayer el corazón?

—Sí, sí, todo eso.

—¿Entonces, por qué pasa alegre como un príncipe? ¿Por qué sonríe como si tuviese un tesoro?

Y nadie acierta en saber que todo mi tesoro

ro es el recuerdo de mi compañera, de mi compañerita solamente mía: su recuerdo y su dulzura, y luego todos los buenos propósitos, todos los pensamientos buenos que acuden al buen amor sin ser llamados, como las mariposas al jardín, como las abejas al panal.

VIII.—¿Quién dice que tiene por cosa frívola ocuparse de amor? ¡Ah, frívolos! Si de esa cosa trivial, como la suponéis, hiciéramos todos una cosa seria, ¡de qué bella y noble humanidad se llenaría el mundo, antes de tres generaciones!

IX.—Ayer me decían: ¿Por qué muestras tu amor en la literatura? ¿Por qué abres así el cofre de tus secretos a la mirada ajena?

A lo que respondí: Me he fijado en la parra que da racimos y no los esconde. Me he fijado en el gusano de seda, que hace su seda y no la oculta. ¿Deberé proceder de otro modo?

Entonces me dijeron aún: Si tu amor vale como un tesoro, ¿mostrarás tu tesoro para que te lo alce el ladrón? ¿No has visto que los que atesoran, guardan sus bienes bajo seguras llaves?

Y respondí aún: Mi amor es como una estrella en el cielo. Dime si hay algún ladrón capaz de robarse una estrella, y yo esconderé la mía.

X.—Según hacía el astrólogo para averi-

guar el destino del recién nacido, haz tú con el nacimiento de lo que llamas tu amor. Fija-te cómo vino, cuándo vino, dónde se te reveló; y mira hasta qué punto podrás fiarte en él.

XI.—No creas en ese amor que te asomó en el alma, en una noche campesina, paseándote con una mujer, a la luz de la luna. Lleno de engaños está el campo nocturno: más engañoso que el sesgo vuelo de la luciérnaga en la sombra. Poblado de engaños está el campo en la noche, y la luna está llena de perfidias para los amantes. Casi siempre, lo que atamos en la tierra, la luna lo desata en el cielo.

XII.—Uno hubo que se enamoró una noche en el lago, remando. El agua habíase puesto cantora; tan cantora, que al menor roce del remo daba claras notas de arpa, en un gotear de perlas. A ese que se enamoró, le sucedió como al cielo estrellado: ni su amor ni el cielo estrellado estaban en el agua del lago.

XIII.—Ni creas en los amores de las tardes de estío, por los jardines, adonde arden al viento cálido las rosas abiertas. De esos amores no hay uno solo que no se quemase en la llama de la primera rosa roja del siguiente estío. (Y ello, porque el amante no se enamora precisamente de una mujer, sino de un jardín con rosas...)

XIV.—Ni creas en el amor cuando navegues. Cuidate de las falsías de la ola; mira que el mar es una pura falsedad en la espuma, efímera y en la onda loca, y en toda su inmensidad regida por la luna que no sabe lo que hace...

XV.—Ni mucho menos creas en el amor de la playa donde todo es mentira. ¿Qué ha sido de esa ola puntiaguda que brillaba al sol; qué de aquella otra que cabrilleaba junto a la barca de los pescadores; qué de aquella, más lejana, que alzó un copón de plata sobre el terciopelo del mar? Como la ola es el amor de la playa: tornadizo, fugitivo y espumoso. Por eso la linda bañista que baja al mar con el sol ya alto, envuelta en su capa que ondea al aire marino, no ha de creerle, si tiene sabiduría, a su novio ocasional; o ha de creerle tanto como a esa ola que, cuando se bañaba, la acarició, la besó, la ciñó en una sola y amplia caricia de seda, y que así como vino, se volvió entre el tumulto de las olas...

XVI.—Pero confía en el espontáneo amor, que no busca para mostrarse ni paisajes raros, ni horas maravillosas. Suceda contigo como con ese pastor que volviendo una vez a su hogar concluída la faena, al paso lerdo de sus bueyes, se enamora para siempre de la zagalá. Y eso, en una tarde como todas las tardes...

Un discurso sobre las humanidades clásicas

LA Universidad de Harvard acaba de editar un pequeño y bello volumen que lleva por título *Two Commencement Addresses*, en el que ha reunido dos notables oraciones de Mr. Henry Cabot Lodge, Senador de los Estados Unidos, pronunciada con ocasión de la apertura del curso en el "Radcliff College" la primera, y en el solemne acto de hacer la entrega de "The Widener Memorial Library" a la Universidad de Harvard, la segunda.

Al primero de estos dos discursos vamos a referirnos en las líneas que siguen y comentaremos algunas de las opiniones del ilustre publicista, con quien estamos de acuerdo en lo fundamental de su afirmación sobre la necesidad de basar toda verdadera cultura en el estudio de los autores clásicos.

Empieza dicho discurso con estas palabras: Hace exactamente un año, hablando yo como presidente de los "Harvard alumni", cité la famosa definición que da Lowell de la universidad: un lugar "donde no se enseña nada útil". Temo que esta sugestiva sentencia sea considerada ahora como poco más o menos que una divertida paradoja, y que hasta aquí en Cambridge, su ingeniosidad, su humor, y

la profunda verdad que bajo su apariencia se encuentra, sean algo desconocidas. Así, yo la cito una vez más porque me propongo decir una palabra en favor de las cosas "sin aplicación" que fueron en otra época el principal, si no el único, objeto de toda educación universitaria; pero que ahora han sido dejadas de lado y que en estos días de las luces se tratan con benévolo desprecio, como cosa no mucho mejor que los inofensivos placeres de los amantes del saber fútil".

Se refiere después Lodge a la aplicación cada día más severa de la prueba de la utilidad a la enseñanza universitaria, con el resultado extremo de que la Universidad llegue a limitarse a enseñar a sus discípulos cómo hacer dinero, en empeños puramente destinados a este fin, sin que se conserven en ellos trazos de una cultura general, ni siquiera profesional.

Hace atinadas, si bien muy breves consideraciones, acerca del Renacimiento y dice: "Ese período no es impropriamente llamado un renacimiento, porque los hombres sintieron verdaderamente como si hubiesen nacido otra vez cuando extrajeron de la oscuridad y rescataron de la prisión de los palimpsestos, los manuscritos que les colocaron cara a cara con la historia, el arte, la literatura, el pensamiento y la civilización de Grecia y Roma."

En el estudio de este interesantísimo período de la historia, hace resaltar el autor que seguimos el adelanto enorme en que todos los

ramos del saber alcanzó el hombre, y la influencia que el hallazgo de los clásicos y su estudio tuvieron en ese adelanto; y lamentando que al censurar algunos el estudio *exclusivo* de los clásicos, se olvide la excelencia de este estudio acertadamente combinado con el de las ciencias y los conocimientos modernos, dice: "No es bueno olvidar completamente la inmensa deuda que la humanidad tiene contraída con la recuperación de la literatura y el arte de Grecia y Roma. No era sin razón, en modo alguno, que la educación clásica se conocía y se conozca todavía como una educación "liberal". El espíritu del Renacimiento fué liberalizado por el estudio de los clásicos, y lo que ocurrió entonces ocurre también hoy, porque la educación clásica liberaliza en el único modo recto de hacerlo, por hacer a sus beneficiarios respetar el genuino saber, de cualquier clase que sea, dondequiera que lo encuentren, sin que importe nada lo disímil que pueda ser del saber propio. No hay otra forma de educación que enseñe tan seguramente este respeto al saber y a los merecimientos de los otros hombres, por lo menos hasta donde alcanza mi experiencia, como la educación clásica".

En un párrafo muy afortunado dice, entre otras cosas, las siguientes:

"La literatura y el arte son las flores exquisitas de la civilización superior, como dijo Shakespeare:

*No marble, nor the gilded monuments
Of princes, shall outlive this powerful rhyme.*

“En la literatura están aprisionados los pensamientos que han movido al mundo y guiado, siendo ellos invisibles, la historia del hombre. De mucho más valor que todo el dinero jamás amontonado, son las felicidades, los deleites, el auxilio que la literatura ha proporcionado a los hijos de los hombres. Una existencia puramente material, una civilización completamente material, son sin encantos; porque son solamente las obras de la belleza las que constituyen encantos perdurables.”

Tras estas palabras hace el autor un panegírico de las creaciones literarias y del alto lugar que ocupan en la estimación de las gentes cultas.

Al tratar de fijar los límites de lo que debe entenderse por cultura clásica, nuestro autor dice que es más fácil determinarla por notas negativas que no por medio de una definición; para ello se vale Lodge de la opinión emitida por una persona cuyo nombre no cita, pero de quien dice que es uno de los hombres más juiciosos, instruídos y cumplidos que él ha conocido, el cual definía el *mínimum* de cultura clásica en esta forma:

“No one can be called a cultivated man who does not know, in addition to his own literature, Homer, Cervantes and the Arabian

Nights, and comparatively few persons fulfil this condition."

Muy ingeniosamente comenta esta sentencia el Senador Lodge, y hace una galana exposición del alcance de la misma, en la que no le seguimos, con gran pena de nuestra parte, por no dilatar excesivamente este superficial comentario de tan brillante pieza oratoria.

Para terminar su interesante disertación, acude Lodge al cuento de Aladino, que aunque no se acepta generalmente que forme parte de *Las mil y una noche*, tiene, sin embargo el mismo vivo interés y la misma suave enseñanza que distinguen a aquellas narraciones; dice, pues, Lodge, que cuando él era niño y leía el episodio del perverso mago que convencía a la mujer de Aladino para que cambiase la vieja lámpara de su marido por la nueva que él le ofrecía, parecíale que la princesa era una mujer muy tonta; pero que después, al andar de los años, ha tenido que revisar su primer juicio y ha llegado a reconocer que el mago era una persona astuta, con gran conocimiento del mundo y, a la vez, de los hombres y las mujeres. Cuando él ofrecía la lámpara nueva en cambio de la vieja, excitaba dos de los más poderosos sentimientos humanos: el vivo deseo que todos tenemos de conseguir algo sin dar nada en cambio, y la pasión por la novedad; así el mago conoció su princesa y obtuvo la lámpara deteriorada y vieja. Aplica Lodge

la lección que se deduce del cuento al problema de la sustitución de las humanidades por los estudios científicos, y nos exhorta a meditarlo bien antes de abandonar esta lámpara vieja, por que tal vez ella posea una virtud oculta que ¡ay! no se encuentre en la nueva con que pretendamos sustituirla.

Mucho, como es natural, sufre este discurso de que tratamos, con esta reducción a que lo sometemos y con la versión libre que hemos hecho de algunos de sus más interesantes pasajes para hacer asequible a todos su provechosa enseñanza; pero, aun así, confiamos en que la fuerza y la verdad de las ideas capitales que lo informan habrán de ser percibidas por cuantos lean estas líneas con las que pretendemos contribuir, aunque pobremente, a la buena causa de las humanidades clásicas, tan necesitadas en Cuba⁽¹⁾ de que hombres de prestigio y ascendiente social comparables entre nosotros a los del Senador Lodge en los Estados Unidos, se decidan a su defensa para ver de conquistar de nuevo a estos estudios siquiera el modestísimo lugar que antes ocupaban en nuestros planes oficiales de enseñanza, ya que no podemos aspirar, por ahora al menos, a llevarlos aquí al altísimo lugar en que naciones de la más completa civilización les han colocado, y a derivar todas las ventajas que esas naciones, de las que puede servir de mo-

(1) Y cuánto más, pero mucho más, en Costa Rica.—N. del D.

delo Alemania, han obtenido de la explotación inteligente, constante y sistemática de esa inagotable cantera en que el trabajo de las edades ha acumulado los más altos pensamientos, los más hondos sentimientos y los más bellos decires con que el hombre ha pretendido satisfacer su inquieta curiosidad por llegar al más difícil y necesario de todos los conocimientos: el conocimiento de sí mismo.

JOSE A. TABOADELA

(*Cuba Contemporánea*. Habana.)

Sobre la decadencia espiritual

DON Benito Pérez Galdós lleva estrenadas, en lo que va de temporada, dos comedias y ha publicado además un libro. Sorprende y pasma la maravillosa e inagotable fecundidad de este autor. Y el asombro se acrecienta más aún cuando se echa de ver que las últimas obras de, su ingenio son tan jugosas, entusiastas, frescas, moceriles y plenas como cualesquiera de las mejores que haya podido escribir en su juventud o madurez, y me atrevo a asegurar que en cierto sentido son más perfectas que las más perfectas. En este punto y tras de circumspecta consideración, no cedo a la opinión adversa: la de que nuestro autor, así como sometándose a una ley general e ineluctable, tras de haber pasado las jornadas del tanteo o aprendizaje y la otra meridiana y robusta de la colmada sazón, las cuales se corresponden con las edades ya referidas de juventud y madurez, ha penetrado con la vejez, en el período de la decadencia, esterilidad y agotamiento. No me decido a aceptar esta opinión aplicada al caso galdosiano, ni tampoco co-

mo ley general. Por lo que atañe a D. Benito Pérez Galdós, en estas sus obras del último ciclo no se advierte, cuando menos declaro con toda sinceridad que yo no advierto menoscabo o declinación de las facultades creadoras, sequedad del corazón, nebulosidad de la imaginación ni torpeza de la razón, o como dirían los escolásticos, cansancio de la afectiva, imaginativa e intelectual; antes por el contrario, aquellas tres facultades parecen haberse enriquecido en generosidad y ternura, en diafanidad, en sagacidad y ámbito, respectivamente, como si obrasen sobre el mundo de los afanes hodiernos desde la serena cima a donde no llega la estridencia y saña de las pasiones, ecuánime paraje que los gentiles denominaron calma olímpica y los cristianos beatitud.

Tampoco como ley general. Yo más bien admitiría como ley constante que, de la propia suerte que los órganos del cuerpo se embotan con la mucha fatiga y se acaban con la mucha edad, los órganos del espíritu, por decirlo así, por virtud del ejercicio ganan en agilidad y agudeza y por beneficio de la edad se mejoran en autoridad y eficacia. En todas aquellas actividades cuyo móvil primero se origina en la iniciativa del entendimiento, es opinión comunmente admitida, cuandoquiera y endoquiera, que la mucha práctica no es causa de daño ni descrédito en quie-

nes la ejercen, antes es garantía y prenda de excelencia. Como peregrino e insuperable ejemplo de absurdidad nos menciona un proverbio castellano aquel herrero de Mazariegos, a quien martillando se le olvidó el oficio. Verdaderamente no se concibe mayor absurdo. Este proverbio tiene sin duda otra ejemplaridad, y es que la práctica mecánica y rutinaria, la práctica manumitida de la tutela del entendimiento que la va afinando y mejorando día por día, no conduce a parte alguna, concluye consigo misma y con quien se entrega a ella.

En la profesión intelectual—sea literaria, sea científica—no cabe decadencia sino en aquel punto en que por pereza se abandona la actividad original para acogerse a la expeditiva y holgona actividad rutinaria. Por lo tanto, la decadencia intelectual se engendra por un vicio de la voluntad que no por senescencia del espíritu, la cual yo no sé que exista, y lo mismo puede aparecer en la edad temprana que en la edad madura o en la edad extrema. No hay pues propiamente decadencia intelectual, en cuanto no es fatalidad a la cual todos deban rendir parias, sino renunciamiento que depende del arbitrio, alictiva sanción que viene aparejada con la falta de diligencia e industria. Tan es verdad esto tocante a los grandes hombres como a los hombres modestos que profesan en las disciplinas de

la inteligencia; tan verdad de los grandes escritores como de los escritores mediocres, pero aplicados y de ánimo sencillo. Y tan verdad del intelectual como del artista, contando con que no le falte el uso de los sentidos, y aun faltándole, a veces.

Puede compararse la trayectoria del hombre en su vida corporal a la parábola que describe la piedra, el dardo, la ballesta o la bala. Salen agitados de ímpetu ascendente, y, si no dan en un hito, suben llenos de sí mismos, de fervor y de rumor, hasta que, faltándoles las fuerzas, caen silenciosamente. Mas no así la vida del espíritu. Si la comparásemos con algo, sería con la columna de humo que se levanta poco a poco cielo arriba; cuando un soplo de brisa la distrae o entretiene, la desvía del camino recto, pero la columna de humo recobra su actitud eréctil hacia la altura, cuando un ramalazo de cierzo la azota, obstinándose en humillarla, pero no consigue abatirla hasta la tierra; la columna de humo se levanta siempre y allí concluye, donde se derrite y sume en el seno azul de Dios. Claro que me refiero al hombre que vive para el espíritu. Hablo de Abel, no de Caín.

¿Por qué las obras concebidas y ejecutadas en la ancianidad, al cabo de una vida gobernada por el anhelo de perfección, han de ser más flacas, secas, macilentas y premiosas que otras o-

bras concluídas cuando no era tanta la experiencia del autor ni tan consumado su artificio? Yo me inclino a creer que, por razón natural y no mediando raros y graves achaques, el escritor, a medida que vive y produce, acrecienta su vigor y va desentrañando nuevos secretos con que hacer obras cada vez más complejas, más sustantíficas y acabadas, mejores en muchos sentidos. Lo propio digo del artista.

No, no existe la decadencia espiritual. El Tiziano, que vivió cerca de cien años, no tuvo decadencia en su arte. Goethe, que vivió ochenta y tres años, no tuvo decadencia. Los casos pudieran multiplicarse.

Si fuera cierto que necesariamente las obras más frondosas, fáciles, imaginativas y sagaces corresponden a la juventud o a la madurez, y suponiendo que a la vuelta de los siglos se extraviara la cronología de las obras de D. Juan Varelá, por ejemplo, ¿quién diría por aquel entonces que "Morsamor" es su última novela?

Aun cuando se perdieran todas las cronologías, yo pienso que un crítico perspicaz y sensitivo conseguiría fácilmente restablecerlas con sólo agrupar las obras de cada autor por el orden de su perfección. Si se perdiera la cronología galdosiana, estas obras últimas irían a lo último en el tiempo, no porque acusen decadencia sino por ciertas cualidades intrínsecas que determinan su posición con respecto a la obra total, así como el cuerpo de la pirámide se aprieta, sutaliza y encierra su esquema en más breve perímetro a medida que se acerca al vértice.

De la nueva interpretación del Quijote

AYER, ante el Hamlet crepuscular, majestuoso, de Forbes Robertson,— ofrenda que, al despedirse de la escena, tributa el más grande actor inglés al centenario de Shakespeare,— medité en los nuevos aspectos que nuestra moderna interpretación da a las obras maestras antiguas. No es este Hamlet el de antaño, enajenado, misantrópico, iracundo; ahora, sobre su preocupación, sobre sus iras, domina su alto y severo espíritu y fluyen corrientes de íntima ternura.

Así como en los héroes de Shakespeare buscamos hoy, más que el ímpetu excesivo o la pasión ardorosa, la alteza espiritual y el don del sentir humano, así también los buscamos—y los descubrimos,—en Cervantes. La magnitud de su obra nunca pudo ocultarse, claro es; pero, en general, mientras los unos ríen con los fracasos de Don Quijote y los refranes de Sancho, los otros se empeñaban en admirarles por el simbolismo elemental que de ellos se desprende. Hay en la creación de Cervantes más secretos. La gran epopeya cómica, como puerta de trágica ironía, se cierra sobre las irreales andanzas de la Edad Media

y las nunca satisfechas ambiciones del Renacimiento y se abre sobre las prosaicas perspectivas de la edad moderna. La risa de los superficiales, ayer y hoy, ¿no es el comentario con que espontáneamente se manifiesta el prosaísmo de los últimos tres siglos? La actitud de los que sienten con Don Quijote y contra quienes abusan o se mofan de él, ¿no es protesta?

Para el siglo XVII, el "Quijote" fué, sobre todo, obra de divertimento y solaz,—la mejor de todas, a no dudarlo. Hubo, seguramente, quienes le adivinaran sentidos más hondos: absurdo sería negar de plano la penetración delicada a toda una época. Releyendo la crítica cervantina desde sus comienzos, se hallarían, de cuando en cuando, anticipaciones de nuestras ideas. Pero su rareza será la prueba mejor del criterio entonces predominante—el criterio realista y mundano que personifican hombres como Bacon, y Gracián, y La Rochefoucauld.

Aún más: durante mucho tiempo, se estimó mejor la primera parte del "Quijote" que la segunda. "Nunca segundas partes fueron buenas", se repetía. Ya se ve: la primera parte es la más regocijada y ruidosa; allí Cervantes, en ocasiones, hasta parece desamorado y duro para con su héroe. Hoy, entre los mejores aficionados al "Quijote", la segunda parte, llena de matices delicados; de sabiduría bondadosa, humana, es la que conquista todas las preferencias. Es la glorificación moral del

Ingenioso Hidalgo. Y el preferirla no es sino resultado de la protesta surgida de espíritus rebeldes a la opresión espiritual de la edad moderna.

Este caballero andante, con su amor al heroísmo de la Edad Media y su devoción a la cultura del Renacimiento, es víctima de la nueva sociedad, inesperadamente mezquina, donde hasta los Duques tienen alma vulgar: ejemplo vivo de cómo las épocas cuyos ideales se simbolizan en la aventura, primero, y luego en las *Utopías* y *Ciudades del sol*, vienen a desembocar en la era donde son realizaciones distintivas los códigos y la economía política. En vidas como la de Beethoven, como la de Shelley, hay asombrosos casos de choque quijotesco con el ambiente social.

Heine—que comenzó quijotesca su carrera, renunciando a enorme fortuna para ser poeta—es uno de los primeros en dar voz a esta nueva interpretación. Con él, y después de él, Don Quijote va a ser, no el tipo del idealista que “no se adapta”, sino el símbolo de toda protesta. Y este Don Quijote, maestro de energía y de independencia, seguido por Sancho, modelo ya de humildes entusiastas de lo que a medias comprenden, pero adivinan magno; este espejo de caballeros, está, sobre todo, en la parte segunda de la novela, hondamente humana, crepuscular y majestuosa.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.

(*Las Novedades*. Nueva York.)

El sendero innumerable

EL primer libro de Ramón Pérez de Ayala, un libro de poesías, titulado *La paz del sendero*, se publicó en Madrid el año 1904. Aquel libro de sencilla cubierta gualda, impreso con los tipos de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, lanzaba al mundo de las letras un nombre nuevo, apenas conocido de los que habían pasado sus ojos por las revistas de juventud, harto abundantes a la sazón aunque jamás, acaso, simultáneas: como que todas ellas eran la misma, con títulos diferentes y "fuerza económica" para muy escasos números. *Helios*, que llegó a tener catorce, fué la mejor lograda. Salió de 1903 a 1904. De 1904 son los *Jardines lejanos* de Juan Ramón Jiménez, que el año anterior había dado sus *Arias tristes*. El nombre de Antonio Machado veíase ya en un breve tomo llamado *Solitudes*, y su hermano Manuel, más prolífico, trataba de renovar entonces con sus *Caprichos* el éxito logrado por *Alma*. Villaespesa ocupábase en coleccionar sus *Obras completas* y publicaba el que tituló primer volumen: *Rapsodias*. Marquina disponíase a dar con las *Elegías* la nota más vibrante de su lírica.

¡Qué lejano está hoy todo eso! Pero adviértase que en la breve y reconcentrada obra de Antonio Machado, es aquel primer libro piedra angular; que los de Jiménez, Villaespesa y Marquina contienen algo cardinal también en sus respectivas obras; y se verá que, por aquellos años, se iniciaban y definían los temperamentos más claros de nuestra poesía actual. Pérez de Ayala, con su libro de aroma provinciano, de leve patina arcaica, de bien fundidas reminiscencias, ponía, entre todos ellos un nuevo y muy marcado matiz poético. Todos, después, acumularon, a los libros de entonces, nuevas obras de poesía; sólo Pérez de Ayala entróse decididamente por otros caminos, dándose a la prosa novelesca y al comentario periodístico de las ideas y de los hechos. Pero siempre gustó de intercalar muy bellas composiciones rimadas en sus novelas.

Ahora nos ofrece, con una reedición de aquel poema, un poema nuevo: *El sendero innumerable*, poema de juventud, como el autor lo llama al contrastarlo con el otro, poema de adolescencia, que en esta edición, muy bellamente ornamentada por Vivanco, se reproduce tal como el autor lo dió a las prensas por primera vez, sin posterior retoque.

Declaremos que al hablar de poetas, se prescindía o se prescindía hasta hoy con sobrada facilidad de Ramón Pérez de Ayala. De aquel primer libro, que muchos habrán leído ahora como cosa nueva, recordábanse y no con bue-

na intención, algunas reminiscencias a que he aludido, como ahora se haría pie en otras nuevas si el autor no se cuidase ya de señalarlas. Tal es nuestro concepto de la originalidad. Se puede decir que el cielo es azul; se puede hablar en lenguaje del siglo XVII; se puede rimar *solio* con *capitolio*, y nadie tendrá nada que oponer. Pero cuidado con acomodar al propio sentir y a la peculiar expresión ideas de otros. Si Horacio y Virgilio hubieren nacido en la España de hoy ¡pobres de ellos! Más no hubieran dejado de ser Horacio y Virgilio.

El poeta que rompía a hablar en *La paz del sendero* tenía, cuando cantaba el campo, la casa, la luna, la voz amada o la mano que envía un adiós, un acento de ingenuidad, un anhelo contenido, que le daban el espectáculo familiar y el horizonte estrecho de entonces. Vedle salir de él "con el alma y el rostro hacia la aurora" y transformar el deseo infantil:—"Yo nací en esta tierra, morir en ella quiero"—en un ansia nueva:—"ser hombre universal". Cuanto el poeta fué, tuvo razón mientras era. Ya queda atrás todo aquello, y sólo sabe caminar por el "hoy, ruta del mañana".

Ha conocido, en todos esos años, la vida y los hombres, y ved que ahora se le pone delante, lleno de grandeza y rico en sugerencias *El sendero innumerable*, el mar. En su movilidad perpetua, en su rudeza o en su caricia, es para el poeta el mar, símbolo eterno. Per-

cibe en sus aspectos el canto de pasiones y virtudes, el recuerdo de la vida, la invocación a la muerte, el contraste de lo nunca sometido con lo eternamente esclavo, el concepto de Dios y el de Satanás. Ya no es el angosto horizonte de aldea, limitado por la montaña, por la pared del propio huerto, por el seto mismo que da sombra al cuerpo tendido; es la comunión con el mundo, la aspiración a una total armonía, lo universal compendiado en el hombre frente al "sendero innumerable".

No sólo es el nuevo poema de Pérez de Ayala rico de pensamiento, aunque esto, por tratarse de un libro de versos, parezca ya muy raro: es, ante todo, un libro de poeta. Cualquiera de las composiciones nos deja ver ese pensamiento hecho sentimiento y expresado en imagen. Su elocución escogida y varia le permite pasar de un alto acento lírico a un tono familiar, a una expresión burlesca. Esta diversidad sería suficiente para caracterizarle entre nuestros poetas de hoy. Asimismo le caracteriza perfectamente su versificación.

La paz del sendero se desarrollaba con cierta uniformidad, alternando los octosílabos con los alejandrinos. Estos, libremente cortados a la moderna usanza, se combinaban rara vez en estrofas y cuando tal ocurría las estrofas no eran sino duplicación del pareado habitual, monorrimos de *cuaderna vía*. El verso de ocho sílabas, en romance o cuartetos, más sumiso a la fluidez tradicional. Nada es indi-

ferente para el poeta, y en aquel libro campes-
tre, los alejandrinos daban la impresión de
surcos de labranza; los octosílabos, de angos-
tas sendas rurales. No que el autor se lo pro-
pusiese, que entonces hubiera sido cosa pueril,
como las composiciones figurativas que desde
Simmas de Rodas tentaron a los antiguos
poetas y de las que es ejemplo conocido la *bo-
tella* de Rabelais. Pero los ojos no pueden me-
nos de hallar, a veces, tales semejanzas, y, si
se refieren a lo general sin descender a lo cir-
cunstancial y concreto, no hay por qué recha-
zarlas. Así nuestra silva, de acuerdo con su
origen etimológico, da sensación de un bosque
formado por recios y valientes árboles, con
revueltas imprevistas y claros que no se sos-
pechaban; las estrofas regulares prestan a un
libro aspecto de bien atendido y podado jar-
dín y algunas composiciones, como el soneto,
de fuerte urdimbre y pensamiento jugoso, pue-
den aparecer a la imaginación como un esbel-
to y sazonado frutal.

La forma métrica de *El sendero innumera-
ble* es más libre. "He buscado en todo momen-
to—dice el autor—aquella que mejor convenía
con el linaje del objeto o de la emoción". En
la poesía titulada *Polémica entre la Tierra y
el Mar*, se patentiza la consciente de este pró-
posito. La tierra, que es orden y quietud,
exprésase en cuartetos octosilábicos; el Mar,
que no deja de subrayárselo, exprésase en
cambio mediante un ritmo saltante a base

principalmente de endecasílabos. El ritmo no está, en ocasiones, más que indicado, y los versos, guardándolo, alteran su valor silábico acercándose a la prosa; y uno de los más levantados trozos del poema, la invocación de *La última novia*, se desenvuelve en amplios versículos whitmanianos.

Pronúnciase, pues, Pérez de Ayala por una libertad rítmica que, a decir verdad, se ha de tener por heterodoxa en el juicio vulgar que de su libro se haga. Siempre hay razones dispuestas:—¿No es el poeta dueño de su inspiración, agua corriente llamada a recibir la forma del vaso? Darle esa forma tradicional, es más difícil; libertarse de ella es quitar obstáculos.—Pero ¿a qué se llama tradición, y desde cuándo hay que empezar a cantarla, y por qué no se ha de hacer ahora y aquí, lo que antes y aquí, lo que ahora y en todas partes se está haciendo?—No hay música buena, sino la que se pega al oído.—Eso, que nadie dice ya de la música, lo dicen todos de la poesía, necesitada de formas nuevas, como todas las artes. (Y adviértase que, precisamente al cantar, en melodías muy divulgadas y muy... melódicas, los versos, que son de la misma medida, alargan sus vocales, *alteran su valor silábico*, y no por igual, no todos ellos.)

Necesita, sobre todo, la poesía, prescindir de lo que sea superfluo, reducirse a lo que ineludiblemente deba ser vehículo de la inspiración del poeta; y en todas las literaturas se ha ini-

ciado una tendencia a aproximar, en lo técnico, el verso a la prosa. No importa que se reaccione contra esa tendencia; el impulso está dado. Ni se trata tampoco de llegar a algo desechado ya, a la prosa poética, género híbrido. Pero así como la métrica antigua se descompuso en las cortadas *prosas* medioevales, acaso de los ritmos en que hoy la poesía se mueve sea posible volver a una síntesis superior.

Henos aquí muy lejos del libro de Pérez de Ayala. Más entre las cuestiones múltiples que suscita, no ha de tenerse por fuera de lugar esta cuestión puramente literaria, que él resuelve acomodándose en cada caso a lo que el asunto le exige, sin desdeñar las formas consagradas cuando sólo ellas le pueden procurar el efecto buscado.

E. DIEZ-CANEDO

(España. Madrid.)

DOS FOLLETOS

De nuestro amigo don Enrique Pérez, eminente escritor colombiano, hemos re-

cibido los dos siguientes, por él traducidos:

OWEN WISTER: *El Pentecostés de la catástrofe.*

ARCHIBALD HURD: *El asesinato en el mar.*

Del primero:

Tenemos todavía que descubrir lo que hay de mejor en nosotros mismos. Debemos hacernos cargo también de que Europa, desde la guerra con España, nos ha asignado un puesto en el concierto de las grandes naciones, y nos ha dado más importancia de la que nosotros mismos hemos creído tener.

Alguien escribió en el New "York Sun":

*"We are not English, German, Swede,
Or Austrian, Russian, French or Pole:
But we have made a separate breed
And gained a separate soul".*

Suena muy bien, pero no dice nada, en el fondo; ¡ América predicando la fraternidad humana, y hablando en seguida de un alma aparte !

Hablar de un Viejo Mundo y de un Nuevo Mundo es hablar en lengua muerta. El mundo es uno. La humanidad toda va,—como vulgaramente se dice,—en la misma barca. Los pasajeros se multiplican, pero la barca conserva su tamaño. Y a quienes sacudan la embarcación y la pongan en peligro de zozobrar, debe sujetárseles por

la fuerza. No puede América separarse de los destinos de Europa, como no puede divorciarse de las leyes naturales que rigen el universo.

¿Por el hecho de haber declarado y obtenido nuestra independencia política, hay acaso quien se haga la ilusión de que no nos afectan los actos de los monarcas y la suerte que puedan correr? Si hay quien lo crea, que recuerde o considere los cuatro hechos que pasamos a enumerar: En 1492 una reina española dió su apoyo a un marino llamado Colón, la Europa extendió el brazo y puso mano en este hemisferio. En 1685 un monarca francés revocó un edicto, y miles de hugonotes enriquecieron nuestra estirpe. En 1803 un cónsul francés, con el fin de mortificar a Inglaterra, nos vendió algún territorio, casi todas las tierras situadas al Oeste del Mississippi. Bien hubieramos podido creernos independientes del príncipe heredero de Austria que fue asesinado en 1914; la Europa cayó hecha pedazos, y esa catástrofe está sacudiendo la nave del Estado americano de babor a estribor. Puede que haya algunos ciudadanos en la cala que no lo hayan notado; en una población de cien millones tiene que haber algunos imbéciles.

Tenemos, pues, que desde Palos, en 1492, hasta Sarajevo; en 1914, la mano de Europa nos ha venido acercando hacia ella más y más.

Sí; ello es evidente: Vamos todos en el mismo barco. Europa no ha olvidado nunca ciertas pa-

labras que fueron dichas, alguna vez, en América. "Que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no habrá de perecer sobre la tierra". Y Europa abrigó la esperanza de oír eso mismo, en alguna forma, cuando las Convenciones de La Haya, que nosotros habíamos suscrito, fueron reducidas a pedazos de papel. Acaso ninguna otra cosa, excepto la catástrofe, nos enseñe aquello que la Europa, gracias a la Providencia, habrá de aprender ahora de nuevo: Que hay cosas peores que la guerra, y que la paz puede a veces pagarse muy caro; pero que ningún precio es demasiado alto cuando se trata de hallar y de conservar la nobleza del espíritu patrio.

Del segundo:

¿Es este el Siglo xx de la Era Cristiana? Del fondo de todos los mares suben las voces de los niños de más de una docena de naciones —aunque los niños pertenecen todos a un solo Reino,— clamando por el castigo de sus asesinos, aunque no sea sino para que otros niños no corran la suerte que a ellos cupo! ¿No oís vosotros esas voces vengadoras? Y sin embargo ellas se abren paso al través del piélagó insondable, y con ellas se mezclan los sollozos de centenares de mujeres bellas y los lamentos más sordos de los hombres, de todos aquellos que fueron lanzados a la muerte, sin medios de defensa. Todas esas voces re-

claman la venganza de Dios, ya que no la vindicta de los hombres, que haya de castigar a estos Atilas del Océano. Ese lamento viajará por todos los mares, dominará el murmullo de todas las olas, y seguirá creciendo, llegará a los oídos de todos los hombres, de todas las mujeres, de los niños todos, hasta que esos crímenes hayan sido castigados y expiados de la única manera posible. *¿Explicaciones? ¿Qué explicaciones pueden dar? ¿Excusas! ¿Qué excusas pueden borrar tanta mancha de sangre? ¿Reparación! ¿Puede el oro alemán volver a la vida a los que fueron tan villanamente asesinados?* Los hechos están a la vista del mundo civilizado; nada puede desvirtuarlos o borrarlos; pero las almas de aquellos hombres, mujeres y niños que padecieron la más torturante de las agonías y cuyos cuerpos fueron villanamente destruidos, están clamando, con la resonancia de las voces de ultratumba, por el castigo de los asesinos.